

PRESERVAD LA TIERRA

José Vilches Palma

Capítulo X

X. EQUIPO DE EXPLORACIÓN.

La endurecida tierra crujía, bajo el peso de sus cuerpos, a cada paso que daban. El sol brillaba radiante sobre el límpido cielo azul. Su enorme y descomunal energía amenazaba con achicharrar sus cabezas y convertirlas en vulgar ceniza arrastrada por el cálido viento.

El paisaje que podían ver resultaba desolador. Desierto, desierto y más desierto, ni una sola brizna de hierba osaría crecer allí. Según sus últimas mediciones la temperatura ascendía a los 100°, alcanzando los 125° en la arena. Podían sobrevivir en aquel auténtico infierno gracias a sus trajes, los cuales poseían un sofisticado sistema de termo-ventilación, amén de filtros de aire.

-Creo que vamos a tener otro fracaso –comentó el profesor Weldon a través del comunicador.

Su compañero, el teniente Harold, se detuvo un instante. No podía ver la expresión del rostro del profesor a causa de que la visera del casco era ahumada. Se limitó a comentar:

-Sí.

Continuaron caminando. Hacía una hora que habían partido de la astronave. Según los cálculos realizados antes de emprender la exploración, la ardiente estrella de aquel planeta no tardaría en ocultarse a la vista... finalmente lo hizo y la temperatura comenzó a descender de forma vertiginosa.

Decidieron hacer una alto en el camino. Weldon se despojó del casco y lo propio hizo Harold; este último aspiró profundamente por la nariz, estiró los brazos para llenar bien los pulmones de aire y por fin lo fue expulsando con lentitud por la boca. Concluida la operación, observó:

-No es que resulte un oxígeno excelente, pero nunca me ha gustado usar los filtros...

-A nadie en Ducam –cortó el profesor- le gusta usar los filtradores; ésa es una de las razones por las que estamos aquí... ¡tan lejos de casa! –concluyó lacónico.

El teniente descolgó su mochila de la espalda. De un pequeño bolsillo extrajo un diminuto artefacto, se lo acercó a los labios y habló a través de él:

-Pareja de exploración a control astronave.

Aguardó unos segundos y el comunicador emitió un pitido, tras el cual se pudo escuchar una voz que dijo:

-Aquí control astronave, le escuchamos perfectamente, teniente Harold.

El profesor Weldon estaba escribiendo sobre el teclado de un pequeño ordenador portátil, sus impresiones sobre las primeras horas de exploración en aquel inhóspito planeta.

-Sargento Garry –habló Harold- creo que el profesor Weldon ya tiene preparado su primer informe, ¿puede hacer el favor de reclamar la presencia del científico en Jefe Nash?

-Sí señor, lo tengo aquí mismo, ahora le paso con usted; pero primero he de comunicarle algo... -carraspeó.

-Adelante –apremió el teniente.

-Uno de nuestros técnicos ha detectado una señal de radio, procedente de uno de esos satélites artificiales que este planeta tiene en órbita. No hemos podido descifrar su significado, pero sabemos a ciencia cierta que va dirigida hacia algún lugar situado a unos treinta kilómetros dirección norte con respecto a su posición actual –concluyó.

Se produjo un instante de sepulcral silencio.

¿Significaba esa señal que podían encontrar vida? ¡Si había vida, forzosamente debía de haber agua!

El teniente Harold sabía que los cuatro, incluido él, estaban pensando en esa posibilidad, así que cortó el silencio:

-Por favor, no debemos adelantar acontecimientos; los ducamitas, nuestros hermanos, no han confiado en nosotros para que soñemos con ilusiones, con un

enorme planeta inundado de agua, no. Simplemente tenemos que limitarnos a encontrarlo... ¡si es que existe! –concluyó con un tono grave en la voz, pasándole el comunicador al profesor Weldon.

-Profesor Nash, ¿me escucha? –llamó Weldon.

-Perfectamente.

-Creo que en esta ocasión hemos estado muy cerca –comentó Weldon, excitado- pero, al parecer, hemos llegado tarde.

-Ya sé lo que quiere decir –observó Nash.

-¿Lo ha comprendido, verdad? –sin esperar respuesta, continuó- ¡este planeta era como el nuestro! –exclamó-. Esa misteriosa señal de radio, procedente de algún satélite artificial aún en funcionamiento, la situación del planeta con respecto a su estrella, los secos e impresionantes cañones, su rico oxígeno...

-¡Y su final! –susurró el teniente Harold.

-Tal vez todo esto no sea más que una señal –filosofó el sargento Garry-. Hemos hallado un planeta que antaño era como el nuestro, rico, floreciente, fresco, lleno de vida... pero le sobrevino la gran sequía y fue agonizando lentamente, hasta morir –su tono de voz era de resignación-. ¡Tal vez estemos avanzando en contra de nuestro destino! Todo tiene un nacimiento y una muerte. A las gentes que vivían aquí les llegó su hora... ahora nos toca a nosotros –sentenció.

-Sargento Garry –llamó el profesor Weldon-, el teniente Harold nos acaba de advertir hace un instante, sobre los peligros que conlleva el ser excesivamente optimistas. No tengo por menos, ante su tristísimo monólogo, que recordarle que el pesimismo tampoco nos conducirá a ninguna parte. Debemos observar la situación desde un prisma estrictamente científico y luchar hasta la extenuación para resolver el problema... ¿ha entendido, sargento?

-Sí, profesor Weldon, tiene razón –respondió éste un tanto más animado.

-Ahora acamparemos –intervino el teniente Harold- comeremos algo y descansaremos plácida y tranquilamente. Mañana, cuando salga la estrella de este planeta, proseguiremos nuestra exploración.

Aquella noche, ninguno de los cuatro ducamitas logró dormir a gusto. Todos sentían que el tiempo se les acababa.

Hacía años que no recibían noticias de su planeta, puesto que estaban a varios años luz, demasiados, como para poder efectuar una conexión; por supuesto, la última que habían logrado llevar a cabo, resultó alarmante:

-¡Ducam se muere de sed!, ¡veinte mil millones de seres se mueren de sed!

Sus sueños resultaron terribles. Soñaron que bebían arena, ¡que el agua se había transformado en arena! Saciaban su infinita sed, pero cuando sus estómagos se encontraban embotados por la arena, ésta pasaba a sus pulmones... se llevaban, aterrorizados, las manos a sus gargantas, ¡se ahogaban!, sus rostros se ponían morados, les faltaba el aire y los ojos se les salían de las órbitas...

Los primeros y ardientes rayos solares incidieron violentamente sobre la tienda de campaña de la pareja de exploración ducamita. La brusca y repentina subida de temperatura despertó primero al teniente Harold. Este, desperezándose, susurró al oído del profesor Weldon:

-Profesor, despierte.

-Eh... eh... ¿qué ocurre? –preguntó éste, frotándose los ojos.

-El deber nos llama, profesor, debemos continuar con la exploración.

-Sí, sí...

-En silencio, levantaron el pequeño campamento. Tras ajustarse sus respectivos trajes, comenzaron a caminar dirección norte, hacia el misterioso lugar donde iban a parar las no menos misteriosas señales de radio... ¡treinta kilómetros de arena les separaban!

Algunas horas después divisaron algo semienterrado en la ardiente arena. Harold dispuso el comunicador y llamó:

-Pareja de exploración a control astronave.

-Aquí control astronave –dijo la inconfundible voz del sargento Garry.

-Sargento, estamos muy cerca del punto de destino de esa señal de radio que descubrieron... -su voz temblaba.

-¿Y bien...? –interrogó impaciente el científico en Jefe, que se había incorporado inmediatamente a una señal de Garry.

-Será mejor que se lo explique su colega, profesor Nash –respondió Harold, cediéndole el comunicador a Weldon.

-Profesor Nash –Weldon puso un toque de solemnidad a sus palabras- ¡acabamos de encontrar unas ruinas!

-¡Unas ruinas! –exclamó Nash.

-¡Por Ducam! –musitó Garry.

-Sí –confirmó Weldon- una ciudad en ruinas, ¡restos de la civilización que pobló este planeta! Una ciudad en ruinas –repitió- semienterrada por la arena...

-¡Bien! –casi gritó el teniente-, vamos a explorar –sentenció.

* * *

Weldon estaba más impaciente a cada minuto que pasaba. Volvió a usar el comunicador para preguntar:

-Profesor Nash, ¿lo tiene ya o no?

-Le pido que no se impaciente, profesor Weldon; requiere su tiempo descifrar una señal de radio en un idioma desconocido.

-Profesor, ¿está usted seguro de que la señal cae justamente sobre esa masa rocosa? –interrogó el teniente Harold.

-El rastreador no miente, se diseñó para ese cometido...

-A mí me lo parece así, ¿a usted no?

-¡Más bien diría que se trata de una estatua desgastada por el tiempo, por los agentes atmosféricos, etc...! ¿No acierta a discernir piernas y brazos? –dijo el profesor, pasando su enguantada mano sobre la rugosa y reseca superficie.

-¡Ahora que lo dice...!, tiene usted razón y al menos parecen representados en ella tres nativos claramente diferenciados y por cierto muy similares a nosotros mismos...

La voz del sargento Garry sonó a través del comunicador:

-Profesor, teniente, ¡ya lo tenemos!

-¿Qué dice la señal? –preguntó Weldon excitado.

Fue Nash el encargado de dar la respuesta:

-La señal no para de repetir una y otra vez la siguiente frase:

Nosotros lo hemos intentado.

Preservad la Tierra, Capítulo X. Novela publicada originalmente en el libro de mismo título de la colecci3n Espiral CF, núm. 8.

La familia del autor ha cedido a Libro Andr6meda el derecho de publicaci3n de esta obra en nuestra web, con la siguiente condici3n, de acuerdo con las opciones de protecci3n de los derechos de propiedad intelectual existentes para la difusi3n en Internet:

Reconocimiento - Sin obra derivada - No comercial: El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial. No se pueden realizar obras derivadas.